

VI

LOS DOS MONTEROS

## LOS DOS MONTEROS

---

Un tal Cuevas tenía dos grandes posesiones, una al Oriente y otra al Occidente de Madrid, ó como si dijéramos, una á la parte de Aragón y otra á la parte de Extremadura.

No eran suyas en propiedad, sino de una infeliz señora á quien malamente se había declarado incapacitada, y cuya curaduría ejemplar, rodando de unos parientes en otros, había venido á parar á él por uno de esos raros caprichos de la fortuna.

La desidia y el abandono, y acaso también la mala fe de los que habían precedido á Cuevas en el cargo, habían puesto aquellas hermosas fincas en estado tan lamentable, que, en lugar de producir rentas, empeñaba á la casa su sostenimiento.

Mal aradas las tierras labrantías, cuando no del todo por arar y hechas adiles, apenas daban más que cardos y abrojos, apuntando ya también por algunas partes la escoba ó la

jara, que siempre están dispuestas á tomar posesión de los terrenos que la holgazanería deja sin cultivo.

Las viñas, mal cavadas siempre y algunos años sin podar, acaso de intento para que dieran por lo pronto más fruto aunque fuera á costa de su prosperidad ulterior, estaban envejecidas y secándose.

En la parte adhesionada y montuosa, que era la mayor, en vez de hacer las cortas científicas y ordenadamente, quitando árboles gruesos para obtener el beneficio de la madera, al par que el más rápido crecimiento de los árboles delgados, y entresacando éstos y haciéndolos ralea donde estuvieran demasiado juntos, para procurar su mayor desarrollo á la vez que el mejor aprovechamiento del pasto, se habían hecho sin cordura en lo mejor y más bien parado talas enormes. Así había en el monte calvas de un cuarto de legua de extensión, donde el sol quemaba la hierba sin dejarla crecer, y había en cambio matorrales jamás visitados por el hacha, y espesuras que no las rompían ni las culebras.

Como resultado de este desorden, el ganado lanar, que era lo que podía dar más producto, si se andaba por las claradas tenía que enflacar necesariamente, á causa del agostamiento del pasto, y si se metía por lo espeso iba dejando el vellón entre las matas, de ma-

nera que al llegar la época del esquila ape-  
nera hacían falta las tijeras.

Pero todavía no era esto lo peor, sino que ambas dehesas estaban infestadas de lobos, que, con lo descuidado que andaba también el servicio de pastores y de perros, hacían á menudo destrozos horribles en el ganado.

Tratando el curador Cuevas de poner remedio á tanta desdicha, parecióle que había que empezar cambiando el personal que dirigía los trabajos, y en efecto, nombró un nuevo montero mayor para cada una de las dehesas, despachándoles á ambos para sus destinos con el encargo de mejorar la situación de aquéllas hasta ponerlas en estado de producir, y con la promesa formal de no escasearles á ninguno de los dos los medios que considerasen útiles ni llorarles los gastos necesarios.

El montero mayor destinado á la posesión oriental (en cuyo nombramiento parece que había atendido Cuevas, contra su costumbre, á los deseos de la dueña de las fincas), en cuanto entró en ella comenzó á trabajar con tal esmero, con tanta inteligencia y con tan buena suerte, que todo le salía bien, y al poco tiempo de estar allí ya la dehesa no era conocida.

En los primeros meses puso las tierras de labor en condiciones de dar fruto, emprendió con actividad los trabajos de explotación y

replacación del monte, reformó la guarda del ganado, dividiéndole convenientemente en hatajos no muy grandes ni demasiado pequeños; y proveyendo á éstos de buenos perros y buenos pastores, hizo perder á los lobos su audacia y los ahuyentó de la parte llana y abierta, reduciéndolos por de pronto á no salir de los valles oscuros y apartados.

Llegaban estas buenas noticias á la residencia del curador Cuevas, no precisamente porque se apresurara á enviarlas el montero mayor, sino porque las enviaban los demás que residían en la dehesa.

Y, cosa particular: estas buenas noticias, en lugar de hacer al curador encariñarse con el montero, le hacían mirarle con prevención y tenerle idea, llegando pronto á querer quitar importancia á sus trabajos con algún chiste que otro, sin recatarse para ello de la servidumbre. Y como es propio de lacayos adherirse á los pareceres del amo, por erróneos que sean, y aun excederle en los errores, los lacayos del curador ejemplar se pasaban lo mejor del tiempo murmurando del montero mayor y diciendo de él perrerías.

Avisaba una vez que en las operaciones de corta y poda se habían desbocado tres hachas, y pedía otras tres para sustituirlas... Pues la misma insignificancia del pedido, que demostraba la escrupulosa honradez del montero, sirvió de motivo para que en casa del

curador se hicieran cuchufletas de mal gusto y se dijera: ¡Ese hombre va á pedir hasta azucarillos!

Escribía otra vez diciendo que, para dar á los lobos la batida definitiva con mayor seguridad de exterminarlos, necesitaba otros veinte ojeadores, pues era muy poca la gente de que disponía para llevar en banda toda la dehesa. Y en seguida los criados del curador levantaron un toletole contra la petición, diciendo que no estaba la casa para tantos gastos, y que no era cosa de que por sostener aquella posesión se arruinara el caudal, y que se arreglara como pudiera... Y no se le enviaron los ojeadores, á pesar de la consabida promesa de no escasearle los medios para el mejoramiento de la finca.

Así y todo, consiguió dar la batida con feliz resultado y dejó limpia de lobos la dehesa. Y cuando entre los parientes y amigos de la dueña se celebraba con entusiasmo la noticia, salían los criados de Cuevas diciendo que la cosa no era para tanto, que aquello lo hacía cualquiera, que el último de los guardas, si se le hubiera encomendado la empresa, la hubiera acabado lo mismo.

Mientras tanto, en la posesión del Poniente sucedía todo de muy distinta manera. El montero mayor destinado á esta finca, que antes había sido en ella capataz y había ganado alguna fama de trabajador y de rígido,

esta vez trabajaba y hacía proyectos continuamente; pero, ya fuera por falta de acierto ya por adversidad de la fortuna, no lograba felices resultados. Disponía, eso sí, de todo lo que necesitaba, tanto de personal como de material; había caído en gracia al curador, y éste le cumplía superabundantemente su promesa; no le escaseaba los recursos, obtenidos á costa de los mayores sacrificios, ni le lloraba los gastos. Una cuerda interminable de obreros y un río de oro corrían constantemente de Madrid á la finca... Y nada: no cambiaba allí la situación de las cosas.

En el mejoramiento de los cultivos, ni se pensó siquiera, creyendo que lo más apremiante era la persecución de los lobos. Esta se hacía, al parecer, sin plan fijo, y se mataban aquí uno, allá dos ó tres, pero no se conocía la merma.

Llegaban todos los días cartas del montero dando cuenta de batidas aisladas: «en tal parte se han matado tres lobos, en tal parte cinco...» Al cabo de un año la suma de estas cifras parciales, verificada por un curioso, daba tantos miles de lobos muertos que apenas parecía posible que hubieran cabido en la dehesa. Y, sin embargo, había tantos lobos como antes.

Una vez se le ocurrió al montero cercar con una zanja una parte del monte donde él creía que había más lobos, para que no pu-

dieran salir de allí. Construyó la zanja, efectivamente, invirtiendo en ella muchísimos jornales y amortizando muchos obreros; pero los lobos, que se estuvieron dentro del cerco mientras no tuvieron gana de salir, cuando les vino bien saltaron la zanja y... trabajo perdido.

Otra vez determinó, para privar á los lobos de medios de subsistencia, suprimir radicalmente la recría del ganado; pero esta medida pareció demasiado radical, y tuvo que desistir de ella.

Al fin quiso hacer la persecución sucesiva y ordenadamente por valles. Comunicó un día la noticia de que el primer valle estaba ya casi limpio de lobos, y como si éstos le hubieran estado escuchando y hubieran querido rectificar su informe, hicieron allí aquella misma tarde una lobada. Veinte ovejas muertas y cincuenta y tantas mordidas dieron testimonio de lo imperfecto de la limpieza.

Poco después notició al curador que podía considerarse limpio de lobos otro valle, y otra lobada vino á contradecir su noticia; pues á las mismas puertas, como quien dice, de la casería central donde el montero mayor solía residir, fué destrozado cruelmente un hatajo.

Así andaban las cosas todavía en la posesión occidental, cuando vinieron de la otra, de la de Oriente, las felices noticias que aseguraban hallarse ya en estado de dar produc-

tos abundantes. Y... ¿qué dirán ustedes que hizo entonces el ilustre Cuevas?...

Seguro estoy de que suponen ustedes desde luego que lo que hizo fué relevar al montero mayor de la dehesa de Occidente y sustituirle con otro que se pareciera al de la dehesa de Oriente.

Pues no; lo que hizo fué lo contrario: relevar al montero mayor de la posesión de Oriente, y mantener en su puesto al de la posesión de Occidente.

Y si me preguntan ustedes por qué lo hizo así el curador, les diré que, según la versión más llana, porque el bueno de Cuevas tenía una manera especial de ver las cosas, manera especial que consistía en que lo malo le parecía bueno y lo bueno le parecía malo.

.....  
Algún tiempo después murió Cuevas, pero no sin dejar imitadores de sus habilidades, los cuales, por los mismos ó por muy semejantes procedimientos, cambiando los monteros desafortunadamente ó comunicándoles desafortunadas instrucciones, se dieron tal y tan buena maña de administrar, que la infeliz dueña de ambas posesiones las perdió las dos radicalmente, después de haberse arruinado por conservarlas.

Y nadie les ha pedido cuentas.

## VII

### SIN PALO NI PIEDRA

## SIN PALO NI PIEDRA

---

—¿Te acuerdas de la catástrofe de Sogrub?—me preguntaba una noche, viajando por la línea del Mediodía de Francia, mi amigo Fortunato Vera.

—¡Vaya si me acuerdo!—le respondí.—  
¿Quién puede olvidarla?

—Lo que es yo no—dijo Fortunato;—yo no la olvidaré en mi vida. Diez años han pasado ya, y todavía me parece estar oyendo el martillazo colosal del choque y el tremendo estallido de los vagones al meterse unos por otros y levantarse en el aire para quedar deshechos, formando una enorme pirámide de astillas.

Recuerdo perfectamente, como si fuera ahora, el desgarrador clamoreo de los heridos en los momentos que siguieron á la catástrofe, implorando unos la misericordia de Dios y otros el auxilio de los hombres.

Recuerdo al pobre Segundo Rías, á Paco

Nansa y á M. Villeneuve, que quedaron hechos una tortilla... ¡Ah! Pero á quien especialmente no puedo echar de la memoria es al pobre Jorge Azúa... ¿Sabes por qué?...

Porque aquél no debió haber muerto; porque debió haberse hallado á doce leguas del sitio en que ocurrió la desgracia.

«¡Lo que es la mala suerte de las personas!», decían algunos, al enterarse de que Jorge había dejado un tren para coger otro.

Pero yo no decía eso. Yo, que conocía los antecedentes del caso, lo que decía era: «¡Qué terrible es la justicia de Dios! ¡Cuán funesta es la ceguedad de los hombres que se empeñan en apartarse de Dios y quebrantar su ley santa!»

Para que comprendas si tenía yo razón al pensar así; para que te convenzas de lo fundado de mis reflexiones y adores como yo los severos juicios del Altísimo, te voy á contar toda la historia.

Verás el dedo de Dios dirigiendo al hombre por el camino de la vida. Verás al hombre rebelándose contra Dios y corriendo derecho á la muerte, y verás otra vez la mano de Dios dando libertad á las fuerzas de la naturaleza para que destruyan al hombre rebelde y descaminado.

Suele decirse que «Dios no es viejo», y es verdad. Dios no envejece nunca, nunca. El mismo es ahora que cuando apartó

las aguas del mar Rojo para que pasara á pie enjuto su pueblo escogido, y las dejó reunirse después para ahogar al injusto perseguidor Faraón con todo su ejército. El mismo que alborotó las olas del Mediterráneo para hacer naufragar á Jonás cuando huía en dirección contraria al mandato divino por no ir á predicar la destrucción de Nínive...

El pobre Jorge era un muchacho muy guapo, no sé si le conocías, alto, rubio, de finos modales... No tenía mucha inteligencia ni mucha instrucción; pero tenía un barniz de cultura general que hacía su conversación muy agradable.

Digo, siempre que no se tratara de asuntos religiosos; pues en éstos desbarraba lastimosamente.

Su madre, que era muy rica, le había enviado á Alemania á perfeccionar su educación, y volvió de allá con todas las condiciones más á propósito para hacer buen papel en el mundo; pero trajo muy amortiguada la fe, al par que muy vivas y muy desordenadas las pasiones. Tenía que ser su víctima.

Le predicaba su madre continuamente para que temiera á Dios y fuera hombre de bien, pero él no la hacía caso.

Le amonestaba para que se apartara de malas compañías, y él siempre andaba con



los más malos de la ciudad, con los más perdidos.

Trataba con sus buenos consejos de hacerle aborrecer los vicios, y él cada día se encenagaba más en ellos.

Un año antes del suceso terrible que le costó la vida, había estado ya á punto de perderla. Se hallaba en una mina, cuando se desprendió una masa enorme de tierra que aplastó á tres operarios que estaban á su lado, dejándole á él completamente ileso. Su madre, cuando se enteró del caso por la relación que él mismo la hizo, puso grande empeño en hacerle comprender que aquello era un aviso del cielo, y que era preciso que reformara sus costumbres y empezara á vivir como cristiano. Todo fué inútil.

—Mira, hijo mío—le dijo todavía su madre el día antes de que emprendiera el viaje del que no había de volver,—si vas á salir mañana para Sairutsa, vete primero á confesar, por lo que pueda ocurrir... Yo iré contigo. Vamos muy de mañana, nos confesamos, comulgamos, oímos misa, venimos, tomamos chocolate, haces la maleta, yo te ayudo, después á las once almorzamos y á las once y media marchas... Verás qué bien...

Pero Jorge amañó unas cuantas disculpas, pretextó muchas ocupaciones para la mañana siguiente, y no quiso poner en práctica el plan cariñosamente detallado por su madre.

Salió de Obliba á las once y media de la mañana, en un tren mixto, para llegar á las seis de la tarde á coger el expreso en la estación de Adnarim.

El tren mixto llegó á su hora; pocos minutos después llegó el expreso en el que Jorge debía continuar su viaje; pero en vez de montar en él se quedó en tierra, y esperó á montar en otro tren suplementario que pasó dos horas más tarde, y fué el que sufrió el choque más horroroso de que hay memoria.

¿Que por qué no marchó en el primero?...

Verás por qué...

Como el día estaba muy hermoso, Jorge había hecho casi toda la primera parte de su viaje asomado á la ventanilla de su departamento de primera.

Desde allí vió cómo, al llegar el tren á la estación de Añudro, se bajaba de uno de los vagones de tercera clase una mujer vestida sin lujo, pero con cierta elegancia, y se volvía á subir al mismo vagón después de haber bebido en el andén un vaso de agua con azucarillo.

Jorge se fijó en ella y no la quitó los ojos desde que saltó en tierra hasta que volvió á entrar en el coche.

Era una mujer de regular estatura, más bien alta que baja, de pelo castaño y ojos

muy vivos, con la nariz un poco regazada y las mejillas un si es no es demasiado llenas, pero que en conjunto resultaba hermosa, porque, aparte de no andar del todo mal de facciones, tenía esa hermosura seductora que los franceses llaman la *beauté du diable*, y que nosotros no llamamos así ni de otro modo, pero la reconocemos cuando decimos que «no hay diez y ocho años feos»; aforismo expresivo y perfectamente aplicable á la linda viajera, pues si no estaba precisamente en los diez y ocho, no pasaría mucho de veinte.

Vestía un sencillo traje de percal de color de hoja seca, con lunas blancas, y llevaba al cuello una toquilla azul celeste, sobre la que caía una finísima cadena de oro con dos ó tres medallas muy pequeñas.

A la cintura llevaba un sencillo ceñidor de cuero, y en todo su atavío resplandecía el buen gusto. Era costurera, aprendiz de modista, y con las de este gremio no suele rezar el refrán que dice: «En casa del herrero, cuchillo de palo».

En cuanto Jorge la vió en el andén, discurren como discurren todos los libertinos: «Es guapa... Me gusta mucho... ¿Por qué no ha de ser para mí?...»

Dando vueltas á su mal pensamiento, llegó á la estación Adnarim, y antes de que el tren acabara de parar, se apeó y se fué hacia el coche de tercera en que venía la modista.

Llegó cuando ella se disponía á bajarse; con una mano la cogió la cestita de mimbres negras donde traía la vianda, y con la otra la asió una de las suyas para que se apoyara al saltar al andén, al mismo tiempo que, notando su extrañeza y queriendo disipársela, la decía con serenidad imperturbable:

—¿No me conoce usted?...

—No tengo ese gusto—le contestaba ella con tono de duda y como tratando de hacer memoria;—por lo menos no recuerdo...

—Pues yo la conozco á usted mucho—decía él con aire de seguridad para desconcertarla.

—Es posible—replicaba ella tímidamente;—me habrá visto usted en Obliba...

—Muchísimas veces. Usted se llama...

—Rosa Urdaniz, para servir á usted.

—¡Es claro! Rosa... Yo la he conocido á usted en casa de mi tía...

—¿La condesa de Iruña?...

—¡Justo!... La condesa de Iruña, hermana de mi madre...

—Allí he ido yo muchas veces á probar trajes á la señorita... que será hermana de usted...

—Sí, mi hermana... ¡Parece mentira que no se acuerde usted de verme allí!...

—Ahora parece que recuerdo algo...

—No puede menos...

Y ni Jorge era sobrino de la condesa de

Iruña, ni en su vida había visto á Rosa en ninguna parte. Pero se valió de ese ardid para entrar en conversación con ella, y siguió preguntándola:

—¿Adónde va usted?

—A Valdeolivos.

—Pues podemos ir juntos hasta la estación de Nabal, donde yo tengo que tomar el tren de Sairutsa... Dentro de un rato vendrá el expreso, montaremos en él y continuaremos nuestro viaje... Siempre iremos mejor juntos que solos... por lo menos yo, entre ir solo ó ir en compañía de una muchacha bonita...

—Muchas gracias... Pero sabe usted que yo no puedo ir en el expreso porque traigo billete de tercera clase, y el expreso creo que no lleva más que primera... Según me han dicho, tengo que esperar aquí á que pase un tren mixto á las once de la noche...

—Bueno; ya trataremos de eso... Por de pronto vamos á comer, y...

—Muchas gracias: yo ya he comido... Traía merienda en la cesta...

—Eso no es comida formal... Pero de todos modos, tomará usted café.

Rosa se resistió un poco á entrar en la fonda; pero entró al cabo y ocupó la silla que Jorge la puso al lado de la suya.

Una vez sentada á la mesa, ya le fué al galán fácil convencerla de que, habiendo comido fiambre, no la vendría mal un poco de

caldo, y la hizo tomar sopa. Después, un plato porque era muy bueno, otro porque de aquél no había comido ella en el camino... el resultado fué que comió de todo.

Cuando concluían de comer, y fueron los últimos, porque Jorge perdió mucho tiempo hablando con Rosa, entró en el comedor un empleado de la estación á decir que sólo faltaban para la salida del tren cinco minutos.

Rosa se levantó de la silla diciendo á Jorge:

—Usted tiene prisa.

—No... Me ha ocurrido otra idea: verá usted...

Y llamando á un camarero, le dijo:

—En el coche de primera número 27, departamento central, hay una maleta de lona de color de pasa y una manta de listas encarnadas y negras liada en unas correas: hágame usted el favor de traerlo aquí, y después nos trae usted dos cafés y dos copas de *chartrousse* verde... Me quedo para el tren siguiente—añadió dirigiéndose á Rosa,—á ver si así podemos ir juntos.

La pasión había vencido á la razón en el ánimo de Jorge, sin luchar apenas.

Dos horas después llegaba á la estación de Adnarim el expreso suplementario, en el cual iba yo, ¿sabes?...

Por cierto que allí, huyendo de dos recién casados muy empalagosos que se hacían mimos, cambié de coche, y, sin duda por inspi-

ración del ángel de mi guarda, me metí en el que estaba pegado al furgón de cola. A eso debo la vida.

En tanto el pobre Jorge... ¡Cómo me acuerdo de verle paseándose por el andén con la costurera, luciendo ella su trajecito verdoso con lunares blancas, y él un terno de lanilla de color de café con leche, surcado de listas negras casi imperceptibles!... El pobre Jorge, que debió haberse ido en el primer expreso, después de dar unos cuantos paseos por el andén, se dirigió á uno de los coches más próximos á la máquina, abrió un departamento desocupado, hizo subir á Rosa (por quien había abonado ya la diferencia de tercera á primera), y subiendo él detrás cerró la portezuela con aire de triunfo...

¡Qué poco se figuraba él que estaba á dos dedos de la muerte!

El tren se puso en marcha.

A las dos horas llegaba á Sogrub, de donde cinco minutos más tarde le daban salida, sin recordar que de la estación inmediata había salido hacía un cuarto de hora en dirección contraria un tren mixto.

El choque fué terrible.

No siendo los tres últimos vagones, en uno de los cuales iba yo, todos se deshicieron.

Los pocos viajeros que salimos incólumes

acudimos inmediatamente en auxilio de los que le reclamaban; y recordo que, entre los múltiples lamentos de los lesionados, se distinguía la voz de una mujer que pedía confesión á gritos.

Era Rosa, que estaba sepultada bajo un montón informe de ruedas, almohadones y tablas de coches destrozados. La sacamos y vimos que tenía los dos brazos rotos, uno de ellos por dos partes.

Jorge estaba muerto.

Dios castiga sin palo ni piedra.